

miento ó la virtud (1). Los años mas ricos son aquellos cuya primavera es mas hermosa (2). Pues que vuestra primavera sea toda florida de buenas obras, toda perfumada de celo y de caridad, y vuestra cosecha eterna será magnífica.

CAPITULO VII

La Virgen cristiana y la obra de los catequismos.

I.

En las dolorosas circunstancias porque hoy atravieza la Iglesia, parécenos muy importante insistir mas particularmente acerca de la obra de los catequismos, ó sea de la instrucción religiosa que debe darse á los niños.

Es menester que la virgen cristiana, en nuestros dias, sea un *Apóstol*, como lo era en la primitiva Iglesia. En efecto, es un espectáculo tan conmovedor como digno de admiración el de las vírgenes de los primeros siglos del cristianismo, devoradas por el celo de extender á su alderredor los tesoros de la verdad. Iluminadas por la clari-

(1) M. de Talleyrand, discurso sobre la enseñanza pronunciado en la Asamblea constituyente, 1791.

(2) Mgr. Dupanloup.

dad de la fé, ardian en deseos de alumbrar á su vez á todas las almas sumergidas en las tinieblas del paganismo. ¿Quién podría contar sus conquistas entre sus parientes, amigos, criados, y aun entre sus mismos verdugos? Muchas veces la prisión y el martirio eran para ellas ocasiones fecundas de ganar almas para Jesucristo.

Marta, la hermana de María Magdalena y de Lázaro, es quién en compañía de sus hermanos lleva las primeras luces de la fé á la Provenza.

Catarina de Alejandría, no temiendo entrar en discusión con los mas sabios filósofos de su país, en presencia del mismo Emperador romano, los obliga á reconocer sus errores y los convence á abrazar la religión del Salvador y á derramar su sangre por Jesucristo.

Cecilia, á quien el Papa Urbano llamaba la *elocuente oveja*, convirtió á Valeriano, á su hermano Tiburcio y á los otros jóvenes que la escuchaban llenos de admiración, y que apenas salidos de las fuentes bautismales, vuelan con ella al encuentro del martirio. Caminando á la muerte, Cecilia predica á Jesucristo á los soldados que la rodean, y que piden el bautismo; y en este triunfo del apostolado, la *elocuente oveja* alarga su cabeza á los verdugos, y como dicen sus actas, *emigra hácia el Señor*.

La virgen Eulalia, apenas de tres años, en medio de los atroces tormentos que la hacian sufrir, habla de Jesucristo y de la eternidad con tal energía, que dá á luz á la vida de la gracia á los tes-

tigos de su suplicio, semejante al *aloe que muere produciendo sus primeras flores.*

Columba, saca milagrosamente de las garras de una osa feroz al libertino que quería atentar á su virginidad; le anuncia el evangelio, hace de él un discípulo generoso de la cruz y poco después un glorioso mártir.

Santa Tecla, sigue á San Pablo en sus primeras correrías apostólicas, y pasa toda su vida hasta los noventa años, en el ejercicio de un celo, que la hace ser llamada por los doctores el *apóstol y el evangelista de su sexo.*

Santa Benedicta, gana once de sus compañeras al amor de Jesucristo y de la virginidad, y las convierte en misioneras que de Roma llevan las luces de la fé á los territorios de Soissons y de Beavais.

Al nombre de Patricio, apóstol de la Irlanda, se asocia por un lazo eterno el nombre de Santa Brígida, que admiraba á los reyes y señores por su ciencia y caridad; así como al nombre de San Bonifacio, apóstol de la Germania, se une el nombre de Santa Leóba, (*la muy amada*) que forma por sus lecciones y ejemplos numerosos discípulos.

¡Cuán fácil sería poner á vuestra vista otras escenas no menos conmovedoras, que todas recordarían los esfuerzos y las conquistas de las primeras vírgenes cristianas para hacer conocer y amar á Jesucristo! las cuales como habian recibido de su divino Esposo *aquel fuego sagrado que vino á trauer á la tierra para abrasarla,* por to-

das partes comunicaban á las almas la luz divina, preparaban los corazones al amor de la religión, y los llevaban á los piés de los apóstoles y de sus sucesores, quienes los bautizaban y los confirmaban en la fé.

El Señor, dice la Escritura, llama á las estrellas de las profundidades del firmamento, y las estrellas responden: aquí estamos! y obedientes derraman por todas partes su apacible claridad. Así fueron las vírgenes de los primeros siglos; pues cuando la noche del paganismo cubría al mundo con sus tinieblas, brillaron dulcemente en el firmamento de la Iglesia como puras estrellas, y por su medio llegó la luz á muchas almas.

II.

Mas, ¡ay! que en estos nuestros dias, aun es de noche para muchos cristianos.

El Sumo Pontífice y los Obispos tienen que lamentar la educación que quieren dar á la infancia las sociedades civiles: el nombre de Dios está proscrito de esa enseñanza: Jesucristo es desconocido, y su imagen sustraída á las miradas de los discípulos; su cruz adorable ya no puede estar suspendida en las paredes de la escuela, y muchas veces es profanada á los piés de los sectarios. (1)

(1) En Francia, á lo menos, se deja libertad de acción á los católicos; entre nosotros, las escuelas católicas son perseguidas con verdadero furor. (*Editor.*)

A esto se ha dado en llamar *neutralidad*; neutralidad mentirosa é imposible de guardar; y que necesariamente conduce al ateísmo, y al materialismo mas grosero.

¿Qué vendrá á ser un día de la generación educada de este modo fuera de los principios religiosos, única salvaguardia de las sociedades?

Las familias ricas podrán todavía proporcionar á sus hijos maestros cristianos: la escuela libre podrá también abrirse en algunos lugares mas favorecidos, y con las limosnas de los fieles recibir cierto número de niños que aprenderán á conocer á Dios, á amarle y á servirle.

Mas, ¿qué será de los niños que frecuenten las escuelas municipales? ¿Los hijos de los artesanos y los de los pobres quedarán privados de toda enseñanza religiosa? ¿Quién les hablará de Dios, de su alma, de sus deberes y de sus destinos inmortales? ¿quién los preparará para su primera comunión? ¿Les serán suficiente los catequismos de la parroquia? ¿podrán aprender allí la letra de ese precioso libro que no se les enseña ni en la escuela ni en la casa paterna? En la escuela está prohibido hablar de Dios; en la casa paterna las mas veces los padres no tienen ni tiempo ni ciencia para dar estas lecciones: los sacerdotes á pesar de su celo son muy pocos, y ocupados en las otras funciones de su ministerio no pueden dar cima á esta nueva tarea.

¿Pues quién se ocupará de estos amados pequeños, bautizados, hijos de Dios y miembros de

la Iglesia, Esposa de Jesucristo? Los párvulos piden el pan de la vida ¿y no habrá nadie para partírselos en abundancia?

No ignoramos que en nuestras ciudades se están organizando obras admirables (1); que el llamamiento del Papa y de los Obispos ha sido escuchado y que muchas Señoras cristianas, jóvenes, viudas y aun madres de familia, llenas de celo, se asocian poniéndose á disposición de sus párrocos, y se reparten entre los niños que se les han confiado, constituyéndose sus maestras.

Está bien; este concurso es muy precioso; pero no siempre es suficiente, pues para que sea eficaz es menester que sea constante y regular; y esta regularidad no siempre es posible para algunas jóvenes ó madres de familia, á quienes sus deberes, su salud ó las exigencias del mundo, detienen muchas veces en el seno de sus familias.

La virgen cristiana es la que debe estar siempre allí para llenar los huecos y asegurar la continuidad de las lecciones, y sobre todo, debe estar á la disposición de esos queridos niños en los campos y en los pueblos pequeños en donde es tan difícil abrir escuelas libres y en donde el sacerdote se encuentra á menudo aislado y solo; la virgen cristiana debe atraer á los niños por su bondad y su dedicación, y con esos pequeños regalos que ganarán sus tiernos corazones y los harán

(1) En Méjico no se organiza nada, ni se hace nada; nuestra apatía es proverbial. (*Editor.*)

mas aplicados y mas dóciles. Que no la cansen los esfuerzos que será menester renovar á cada paso, ni le exaspere la ligereza y quizá la ingratitud de los niños, como tampoco la aparente esterilidad de sus lecciones, pues así como la cosecha no sigue inmediatamente á la siembra; sino que son menester largos meses para que el grano germine, brote la planta y produzca hermosas espigas, del mismo modo las obras del celo no pueden llevarse á cabo sin una larga paciencia: la oveja que ha vuelto al redil puede alejarse otra vez; pero el buen pastor no deja de buscarla para volver á traerla de nuevo á su rebaño.

La virgen cristiana tendrá que luchar contra la indiferencia, y á veces contra la hostilidad de los padres de esos pobres niños; mas para vencer esa ignorancia ó mala voluntad, debe echar mano de todos los recursos que le proporcionará una industriosa caridad que recibe sus inspiraciones del amor encendido de Nuestro Señor Jesucristo para con las almas. No tardará en encontrar compensaciones inesperadas, en el afecto que le manifestarán muchas veces sus pequeños discípulos, y gozará dulzuras inefables el día en que los vea muy contentos y recogidos acercarse por la primera vez á la Santa Mesa y recibir el Pan de la verdadera vida. ¡Cómo querrá todavía seguirlos hasta donde pueda, y continuar dándoles algunas lecciones que aseguren su perseverancia!

Es verdad que también debe esperar muchos fracasos y defecciones; no obstante, conserve siem-

pre la esperanza de que sus cuidados no serán perdidos, y que llegará el día de las conversiones y de las resurrecciones espirituales, cuyo principio remontará á sus enseñanzas que al pronto le habían parecido ineficaces. Como dice el Profeta: algunas veces habrá *sembrado en las lágrimas*; pero después tendrá el gozoso de recoger hermosas espigas que ofrecerá al Padre celestial para sus graneros eternos.

Armaos pues del Catecismo, virgen cristiana, y marchad con él á la conquista de las almas de los niños, *cuyos ángeles ven sin cesar la faz del Padre celestial.*

CAPITULO VIII

Jesús abre los tesoros de su caridad á las mas humildes de sus esposas.

Nuestro amado Jesús al venir al mundo, llamó primeramente á los pastores á adorarle en su cuna, y ha conservado siempre una predilección inefable por los pobres y los humildes; así es, que si acepta por esposa á la doncella que se encuentra en una posición brillante y elevada á los ojos del mundo, también abre su corazón con el mismo amor á la mas humilde criada y á la mas modesta obrera.

A quién miraré con amor, dice el Esposo di-

vino por su profeta, *sino al que es pequeño y pobre á sus propios ojos?.....* (1)

San Gerónimo escribía á la virgen Eustoquio: *Teneis por compañeras en vuestra santa religión, á unas jóvenes plebeyas y á otras pobres esclavas; mas no os creais superior á ellas, puesto que tienen el mismo Esposo, cantan los mismos Salmos sagrados, y reciben con vos el mismo cuerpo de Jesucristo. Tratad mas bien de ganar algunas almas; y que el modo con que honrais á vuestras jóvenes compañeras sea una invitación para otras doncellas. A las que vacilan y que están débiles en la fé, sabed acogedlas, aconsejarlas y alentarlas; y que su perseverancia sea vuestra obra y vuestro mérito.* (2)

¡Cuántas vírgenes sencillas y modestas pasan su vida haciendo el bien! Y permaneciendo desconocidas del mundo atraen sobre sí las miradas de complacencia de su Esposo celestial y ejercen su piadosa influencia en una esfera que las vírgenes de una posición mas elevada no podrían alcanzar.

Como dicha debe contarse para una parroquia el poseer algunas de esas santas jóvenes ricas de celo y de abnegación, pues aunque no puedan ayudar con recursos en numerario, pero se dan á sí mismas, dan su tiempo, sus vigiliás, sus fatigas y su trabajo, practicando de este modo un género

(1) Isaias., LXVI, 2.

(2) San Gerónimo, carta XVIII á Eustoquio.

de caridad muy meritoria y agradable á Dios; por que según las hermosas palabras de una piadosa cristiana: *No solamente con pan se hace la limosna.*

La doncella mas pobre é ignorada, impelida por el amor de Dios, puede transformarse de este modo en apóstol y ganar muchos corazones para Jesucristo.

No hay una alma por desconocida que sea que caiga sola al infierno!..... Así como no hay ninguna, por desconocida que sea, que sola suba al cielo!..... (1)

¡Cuánto bien puede hacer la humilde veladora, que después de su laboriosa tarea viene á sentarse á la cabecera del enfermo y del moribundo para hablarle de Dios y ayudarle á bien morir!

La obra admirable de la Propagación de la fé, sábese que nació del celo de unas sencillas obreras, cuyas humildes esposas de Jesucristo, han trabajado por este medio, con verdadera eficacia en la estensión del reino de Dios sobre la tierra.

En nuestras iglesias parroquiales, ¿no son en lo general las modestas obreras las que se disputan el honor y la felicidad de adornar los altares, asear los lienzos y demas objetos del culto, y renovar las flores del santuario?

En los hospitales y en las casas de caridad en donde se recogen los huérfanos y los incurables, ¿cuántas jóvenes pobres consagran su vida ente-

(1) Santa Teresa.

ra á los mas repugnastes servicios y á los mas penosos trabajos, sirviendo á su divino Esposo en la persona de sus miembros pacientes!

Para amar á Jesucristo y ser de Él amada, no es necesario ser rica y honrada en el mundo, pues basta tener un corazón puro y amoroso con Dios y con el prójimo.

Santa Zita, tan celebre en la ciudad de Lucques, á donde su sepulcro atrae cada año numerosos peregrinos, no era mas que la humilde criada del Sr. Pagano de Fanitelli; y no obstante, el Esposo celestial se prendó de amor por ella. Esta joven derramaba en los pobres los ardores de su caridad; y cuando no tenía qué darles, mendigaba en su favor. Cedía su pobre cama á las mugeres pobres, y ella dormía en el suelo; y mostrábase tan paciente en medio de las fatigas y las pruebas de su penosa posición, tan recogida en sus oraciones, tan buena con el prójimo, que Jesucristo no pudiendo ya contener su ternura, la colmaba de sus mas íntimos favores, pues á veces arrebatava su alma y la admitía con anticipación á los goces del paraíso. La Santísima Virgen que la amaba como á su hija, la acompañó en un peligroso viaje; y un día que la pobre criada se había retardado en sus ocupaciones acostumbradas, vinieron los ángeles á su ayuda, y cocieron en su lugar, el pan de la casa. (1)

(1) Véanse las vidas de los Santos, Abate Darras, Santa Zita, 27 de Abril.

En el siglo XV, vivía en un pueblecito de Alemania una humilde joven de los campos (1), la cual, aunque muy pobre, tenía un corazón puro, y desde la edad de catorce años habia ofrecido á Jesús como un ramillete de suave olor, el lirio de su virginidad. Amaba mucho á su divino Esposo, y un día vínole el deseo de saber si su Esposo celestial la amaba; y aunque ya Jesús habia hecho florecer á sus pies hermosas violetas para probarle su ternura; mas la dulce niña dudando todavía, pidió á su divino Esposo otra prenda de su amor. Entonces el dulcísimo Jesús dignóse enviarle por medio de sus ángeles un anillo resplandeciente de brillantes, en cuyo medallón habia grabadas dos manos enlazadas; y para conveñer mejor á su jóven esposa, quiso aparecérsese, *viniendo* en persona bajo la forma de un niño á colocarse en sus brazos para recibir sus caricias; y la virgen enagenada le cubrió de castos besos y desde ese día en que pudo estrecharle contra su corazón, no dudó ya más de su ternura.

Santa Germana Coussin, pobre pastora y escrofulosa, vivia maltratada por su madrastra, quien todos los dias la enviaba á cuidar un rebaño, y por las noches la relegaba en una oscura covacha. Pero el Esposo divino le tenía grande afecto, y cuando conducía los corderos á la entrada de los bosques, descendía el Señor á su alma para ilus-

(1) Véanse en los pequeños *Bolandistas*, Santa Fílotea virgen, 23 de Marzo.

trarla y consolarle. Por la mañana, cuando llamaban las misas, plantaba en el suelo la jóven su cayado, é iba á asistir al santo sacrificio; y el divino Pastor guardaba las ovejas mientras ella estaba ausente. Durante el día, reunía á los pastorcillos sus compañeros para enseñarles á conocer al Dios que era la única pasión de su alma, á amarle como ella le amaba, y á servirle lo mejor que pudieran: compartía con los pobres el pan que le daban, ayunando para hacer la limosna de su pobreza. La oración ocupaba el resto de sus horas; y por la tarde volvía al pueblo con su rebaño y sufría con paciencia admirable los malos tratamientos é injurias de su madrastra. Y en esta vida sencilla y vulgar, llegó á hacerse tan querida de su amado Esposo, que le concedió el don de milagros. A los veintidos años la convidó á las nupcias eternas, y en aquella hora vieron dos religiosos, un ejército brillante de vírgenes celestiales que se dirigían á Pibrac, y luego volvían llevando en medio una vírgen coronada de frescas flores, que no era otra sino la humilde pastora que se elevaba hacia el palacio de su divino Esposo. (1)

Santa Genoveva y Juana de Arco eran también unas pobres jóvenes campesinas, y no obstante, el Hijo de Dios les confió las misiones mas sublimes, é hizo de ellas el instrumento de los mas grandes designios.

(1) Véanse las *Vidas de los Santos*, Abate Darras, Santa Germana Coussin, 15 de Junio.

Venid, pues, vírgenes sencillas y modestas, venid, que Jesús os abre benigneamente su Corazón. El Señor *que fija sus miradas de complacencia en los humildes* (1), *escuchará vuestras súplicas y sabrá hacerlos fecundas para su gloria y el bien del prójimo.*

CAPITULO IX

Cuál es la celda de una vírgen cristiana.

I.

SU APOSENTO.

En el convento, cada religiosa tiene su celda donde gusta retirarse á la soledad, bajo la mirada de Dios; mas en cuanto á vos, oh vírgen cristiana, vuestro propio aposento vendrá á ser como una celda muy amada.

Amad la soledad y el silencio de vuestro aposento, en el cual nunca estais sola, porque allí estais con el Esposo de vuestra alma. Cuando orais hablais con Jesús, y cuando leéis Él es quien os *habla* (2). Es verdad que vuestros ojos no lo ven, ni vuestros oídos escuchan su voz; mas no importa, creed en su presencia, y que vuestras horas

(1) Ps. CXII, 6.

(2) San Gerónimo, carta XVIII á Eustoquio.